

Capítulo 1

Las manos entrelazadas bajo la cama. Dos niños de apenas 5 años. Afuera gritos. Incesantes. Voces masculinas, de las que dan miedo. Ni siquiera llorar sirve de nada. Se escucha a una mujer gimiendo: “aquí no está, de verdad, no sé de qué están hablando, juro que no sé nada”. Un silencio atronador y un hombre, autoritario, serio, que pronuncia con superioridad: “¡Llévensela!”. Julia cierra los ojos temblando, los aprieta tan fuerte que le duelen, no quiere ver nada a pesar de que desde debajo de la cama nada se puede ver. Y a su lado Lucas, de la misma edad, asustado como ella, pero haciéndose el valiente, le coge de la mano y le susurra: “no salgas hasta que se haya hecho de noche, hasta que no hayas escuchado ningún ruido en muchísimo tiempo, te prometo que volveré a buscarte”. Julia asiente. La tormenta arrecia fuera. Después, silencio, silencio, silencio...

Julia abre los ojos asustada. Un golpe seco. La respiración entrecortada. Observa a su alrededor preguntándose de dónde viene ese sonido, ¿de su sueño? ¿de la realidad? Julia se da cuenta entonces de que la ventana de su habitación está golpeando el marco sin parar. Afuera, una tormenta agita la ciudad sin descanso. Apenas hay árboles frente a su casa pero el único que se alza en mitad de la calle se dobla por la violencia del viento y la lluvia. Julia siente pena por él, solo en la intemperie. Cierra la ventana con fuerza pero se queda observando a un transeúnte que avanza hacia su casa para luego pasar de largo. Julia se pregunta cómo puede caminar bajo la tormenta, sin paraguas y lloviendo de esa manera. Tiembla sólo de pensarlo. El hombre se pierde entre las sombras. Julia vuelve a su cama pero se queda sentada en cuclillas. Normalmente, los muebles de su habitación la tranquilizan, hacen que se sienta bien.

Pero, cuando hay tormenta, todo eso cambia, se siente perdida y ni entre sus cosas de siempre consigue dejar de sentir cómo la piel se le eriza por el miedo.

Julia se levanta decidida, se pone una sudadera por encima del pijama y, de puntillas, sale de su habitación. Camina por el pasillo procurando no hacer ruido al pasar por delante de la habitación de su padre. Hace años que no entra allí, hace años que nada o casi nada tiene que decirle. Julia pasa de largo y llega a otra puerta también cerrada. Gira el pomo con cuidado y entra. Es el cuarto de su madre. Sus padres no duermen juntos desde hace mucho tiempo, al principio intentaron ocultárselo tanto a ella como a su hermano pero pocos secretos se pueden guardar en una casa por lo que finalmente su padre se trasladó. En un inicio era algo temporal. No ha vuelto.

Julia se encarama a la cama de su madre como muchas otras noches, sobre todo las de tormenta, y se acurruca a su lado. Ni siquiera necesita hablar con ella para sentirse mejor, sólo su calor, el notarla dormida a su lado, le reconforta. Julia se estremece al escuchar el sonido fuerte y agresivo de otro trueno y cierra los ojos con fuerza, como en su sueño, hasta que duelen.

-Pero ¿qué haces en la cama a estas horas? Y encima en la de tu madre.

El padre de Julia le retira el edredón con fuerza, enfadado. Siente frío y se despereza poco a poco.

-¿Dónde está mamá?

-Abajo, desayunando, hace horas que vino Eulalia. Y tú ahí, como siempre, tirada en la cama sin hacer nada, ¿es que no puedes mostrar interés por algo? ¿No hay nada que quieras hacer en tu vida? Si mostraras un poco de atención a lo que te digo siempre...

Julia se levanta y se vuelve a poner la sudadera de mala gana. Siempre lo mismo, siempre los mismos gritos, los mismos ataques... pero preguntas nunca.

-Que no me interesen las cosas que te interesan a ti no significa que no tenga ningún interés.

-¡Pero si siempre estás en las nubes! Bueno, perdona, dormir sí que te interesa, si pagaran por ello desde luego que tú serías la persona más rica del mundo.

-Déjame en paz, papá.

Julia sale de la habitación dejando a su padre con la palabra en la boca, enfadada, rabiosa y dolida. Entra en su habitación y se quita la sudadera de malas maneras, tirándola con rabia contra el suelo. Está a punto de echarse a llorar pero se controla, respira profundamente y se sienta en la cama. Lo que más le duele de todo es que su padre tiene razón. Tiene veinte años, ha terminado el colegio, no es ni demasiado lista ni demasiado tonta, no es ni demasiado guapa ni demasiado fea... ella es... normal, tan normal que todo le deja así, indiferente, como ella misma. Si al menos supiera hacer algo bien... Su madre, antes de dejar de hablar para vivir en esa especie de mundo de los sueños en el que permanece ahora, era una promesa del piano. Su madre... siempre pensando, siempre ausente... Julia está completamente perdida. Sus amigas se han marchado a la universidad, siguen sus vidas, o han decidido cumplir sus sueños. Pero ¿qué ocurre cuando no se tienen sueños? Empiezas a levantarte a las doce, tu padre te grita día sí y día también, no soportas a tu hermano, tan perfecto... y sabes que el mayor problema en todo eso eres tú mismo, así de sencillo.

Julia suspira y con desgana coge lo primero que ve en el armario y se mete al cuarto de baño para darse una ducha.

Desde que la madre de Julia decidió pasar más tiempo en su mundo que en el de las personas que la rodeaban, la figura de Eulalia ha sido decisiva en su casa. Eulalia tiene al menos 75 años, las manos tan arrugadas que parece que le sobra piel cubriendo la escasa carne que abraza sus pequeños huesos. Además tiene una risa contagiosa, alegre, de niña de 10 años y, sin embargo, una fuerza inquebrantable. Cada día viene a cuidar a la madre de Julia, y no ha faltado uno desde hace 15 años. Su padre la contrató cuando quedó claro que él no iba a poder acercarse a ella, cuando sus vidas ya estaban rotas. Y, de alguna forma, la que iba a ser simplemente una cuidadora, se ha convertido en una especie de abuela, una figura cariñosa, mediadora y muy necesaria para todos, que, a veces con su discreción, ha mantenido unida a la familia.

Julia la observa mientras se termina su café. Con mucha ternura le ha preparado una macedonia de frutas a su madre que se la toma con indiferencia.

-Ay cariño, que ya me han dicho que te has vuelto a quedar dormida, si es que vaya tormenta hubo anoche, no me extraña que quisieras ir a ver si tu madre estaba bien...-Julia sonríe para sí porque tanto Eulalia como ella misma saben que no es su madre quien teme a las tormentas... la he notado alterada esta mañana, como si hubiera tenido pesadillas, aunque pobrecilla, cómo no las va a tener en los tiempos que corren, quién no tiene pesadillas, con todo lo que se escucha... aunque mira, al menos las cosas han cambiado, al menos ahora nosotros vivimos tranquilos...

Julia siempre ha sentido mucha curiosidad por el pasado, sus pesadillas, el estado de su madre... todo le ha hecho pensar siempre que algo terrible ocurrió hace años en su familia. Pero nadie quiere contarle, cada vez que ha intentado hablar con su padre este se cierra en banda diciendo que el pasado es mejor no removerlo. Su hermano dice no recordar nada y en el colegio apenas se toca ese tema más allá de una serie de hechos y definiciones que a ella no le dicen nada. Aún las recuerda del último examen:

“Las Revueltas: así se conoce al movimiento ciudadano en el que una minoría agresiva y sin control quiso tomar las calles y terminar con el orden establecido, sin éxito”.

Julia recuerda aquel día en clase, sólo se mencionó de pasada, la profesora apenas quiso hacer hincapié en el tema y, sorprendentemente, aunque siempre se mostraba entusiasmada cuando un alumno le hacía una pregunta, esta vez se limitó a bajar la cabeza, sumergirse en el texto y advertir que esto no entraría en el examen. Pero a Julia eso la traía sin cuidado, lo que le importaban eran todos los silencios que veía a su alrededor, las miradas desconfiadas. Aquello parecía ser un callejón sin salida.

-Eulalia, ¿qué ocurrió? ¿Cómo fueron Las Revueltas? ¿Por qué nadie quiere hablar de ellas?

-Ay niña, eso son cosas que no hay que comentar.

-¿Por qué no? Nos pasamos años estudiando historia en el colegio, dándonos la paliza con un montón de temas, siempre los mismos, y sin embargo, cuando se llega a Las Revueltas, se da en un día y nunca entra en el examen ¿por qué?

-Uy, yo no sé, eso se lo tendrás que preguntar a tu profesora

-Ya lo hice y no quiso contestarme.

-Por algo será.

-Eulalia, por favor, ¿Por qué todo el mundo guarda silencio sobre eso?

La mujer está cada vez más nerviosa, incluso mira de vez en cuando la puerta por si entra alguien.

-Eulalia...- insiste Julia.

Por fin, en un tono bajito y acercándose a ella le susurra:

-Cariño, hay heridas difíciles de cerrar, ocurrieron muchas cosas en las familias, muchas personas se enfrentaron entre ellas, personas que se querían... y uno

nunca se recupera de enfrentarse a quien más quiere... desde ese momento querer duele un poquito más cada día.

-¿Tú te tuviste que enfrentar a alguien?

Eulalia parece tener lágrimas en los ojos y simplemente asiente con la cabeza.

Julia se siente culpable de verla así y la abraza:

-Eulalia, lo siento, no quería hacerte daño...

-Lo sé preciosa, no te preocupes, es, simplemente, que aún no ha pasado el tiempo suficiente.

-Pero si ya han pasado 15 años.

Eulalia sonrío y le da un beso en la frente:

-A ti 15 años te parecen muchos pero créeme, pasarán muchos más antes de que lo que ocurrió se pueda comentar en el desayuno.

-¿Qué no se puede comentar?

Bruno, el hermano de Julia, entra sin mirar, sin saludar a nadie, haciéndose dueño de la cocina, de la conversación y del ambiente, como siempre. Eulalia enseguida vuelve con la madre de ambos y le recoge la macedonia.

-A ti qué te importa- le responde Julia arisca.

-Qué te pasa, ¿Es que no has dormido suficiente?- le pregunta con sorna

-Imbécil

-Habló la lista de la familia...

-Bueno chicos, ya basta- Eulalia como siempre pone paz entre los hermanos- que no venga vuestro padre y os encuentre discutiendo como todos los días.

Ambos deciden hacerle caso y, mientras Julia mete su taza en el lavavajillas, Bruno se sirve café. Eulalia se marcha de la habitación ahora que la paz ha vuelto confiando en que dure, al menos, dos minutos más.

-Esta tarde viene el tío Max, va a anunciar algo muy importante.

-¿Qué, que por fin tienes pelo en el pecho?- dice Julia riéndose, pero Bruno se muestra muy serio y contraataca.

-Joder, hermanita, podrías de vez en cuando ser un poco amable, para variar, digo. Estoy intentando decirte que tengo novedades importantes para mí y tú sigues comportándote como una niña.

Julia se sorprende por el cambio de actitud de su hermano, de repente le ha parecido un adulto, sí, son 4 años los que le saca pero para ella siempre ha sido un igual. Y, sin embargo, ahora se pregunta en qué momento dejaron de jugar juntos.

-Perdona chico, que sólo era una broma.

-Tú sé puntual en la cena y alébrate por mí hermanita, que voy a empezar en algo muy importante.

Bruno sale de la habitación con cara de misterio dejando a Julia completamente sorprendida y muy intrigada.

Esa misma noche Julia se mira al espejo un poco nerviosa. Se ha puesto un pantalón oscuro y una camiseta que cree que no está rota. Su coleta baja de siempre, sin maquillajes y sin joyas. No es que se vea demasiado bien pero cada vez que se prueba un vestido se siente extraña, como si todos fueran a mirarla, y enseguida vuelve a su ropa cómoda y perfecta para pasar desapercibida. Sólo hay un vestido que le encanta, uno que se pondría en una ocasión especial, el vestido que su madre se puso el día del concierto que la consagró como una gran promesa del piano. Largo, negro, con pequeños destellos plateados, sutil, elegante... Julia siente que hasta podría tocar el piano con él, sentarse en el taburete y dejar deslizar sus dedos sobre el instrumento

cerrando los ojos, disfrutando de la música, como cree que hacía su madre. Julia esboza una sonrisa imaginándose con ese vestido, escuchando las notas del que fue el mejor concierto de su madre, y también el último, el primero y el último.

Suena el timbre de la entrada. Julia se mira al espejo por última vez y baja las escaleras.

En el recibidor, su padre y su hermano, bien vestidos, sonrientes, demasiado quizás, reciben al tío Max, un hombre bajito, bastante poco agraciado físicamente pero muy importante en su familia. El tío Max siempre ha estado ahí, no es hermano ni de su madre ni de su padre, fue jefe de su padre hace muchos años y siempre ha ejercido una extraña influencia sobre todos. Cuando viene a cenar, su padre es el más simpático del mundo, una simpatía un tanto forzada pero que a su tío parece encantarle. Para su hermano es un ejemplo, desde niño ha querido imitarle en todo y para ella... bueno, es su tío Max, uno de esas personas no demasiado cariñosas pero que siempre han estado en su vida y al que recurriría en cualquier momento si tuviera algún problema.

-Julia, cada día estás más guapa.

Julia sabe que miente porque la mirada de desaprobación de su padre y de su hermano lo dejan claro, pero le agradece el cumplido y, cuando lo abraza, lo hace con sinceridad.

-¿Cómo está hoy vuestra madre?

-Rosa hoy está un poco alterada, ayer no durmió mucho y hoy se ha acostado temprano- explica su padre un tanto incómodo.

-Es que hubo tormenta y no le gustan- intenta suavizar el ambiente Julia, aunque ni siquiera sabe qué es exactamente lo que ocurre ni por qué de repente se instala la tensión entre ellos.

-Una pena, me habría gustado verla- dice el tío Max.

Un silencio extraño se alza entre ellos hasta que el padre de Julia les sugiere pasar al comedor para cenar.

A partir de aquí las cosas siempre transcurren más o menos igual, una sucesión de comida, que el tío Max no deja de alabar y que siempre terminan comiendo hasta cuatro días después. Conversaciones sobre el tiempo, la política, aunque de forma muy general, tal o cual vino que este año ha salido perfecto... conversaciones banales que a Julia le interesan bastante poco. Se pregunta cuándo dirán eso tan importante que tienen que decir, aunque sabe perfectamente que será en el postre, cuando estén tomando una copa de champán y parezcan algo más relajados.

-Atención, quiero decir algo.

El tío Max golpea suavemente con el cuchillo la copa de champán que tiene entre las manos como si la habitación estuviera repleta de gente. Julia no puede evitar sentir que el gesto es un poco ridículo porque ya estaban callados y ya le prestaban atención. Pero así es el tío Max, ceremonioso.

-Quiero comunicaros que he nombrado a Bruno subdirector de la Escuela de Reeducación Social del antiguo conservatorio.

El padre de Julia se levanta eufórico a abrazar a su hijo diciéndole lo orgulloso que está de él. Julia también felicita a su hermano aunque su cabeza empieza a ir a muchísima velocidad. El antiguo conservatorio, allí estudió su madre, allí quizás estén sus cosas, todo aquello que Julia ha buscado mil veces por casa y nunca ha encontrado, partituras, fotos... lo que sea que le acerque a ella y la aleje de este silencio que es su casa.

-¿Y yo no podría entrar también a trabajar allí?- Julia apenas ha sentido esas palabras salir de sus labios, simplemente se han precipitado, como si las hubiese dicho su corazón en alto sin haberle pedido permiso.

Bruno la observa con cara de odio por haberle arrebatado el protagonismo, sabe que lo ha hecho y lo siente por él pero ya no hay vuelta atrás.

-¿Y qué quieres hacer tú allí?- dice el padre un poco preocupado.

Julia, cohibida, se encoge de hombros:

-No sé, seguro que puedo hacer algo, cualquier cosa, además, mejor que quedarme en casa ¿no? Tú mismo me has dicho esta mañana que debería tener intereses, pues quizás allí los encuentre...

Alfonso, que así se llama el padre de Julia, parece nervioso y mira a Max pidiéndole apoyo:

-¿No tienes mejor algo en otro sitio? Quizás en el archivo...

-Yo no quiero ir al archivo- empieza a enfadarse Julia.

-Pero ese no es lugar para ti...

-¿Por qué? ¿Por qué yo no puedo y Bruno sí? Yo puedo trabajar igual de bien que Bruno.

Alfonso no sabe muy bien cómo salir de esto, su hija le tiene acorralado y se queda mudo y sin argumentos. Julia mira a su tío y se acerca a él:

-Yo no tengo ni idea de lo que hacer con mi vida, no sé qué estudiar, no sé en qué trabajar... pero necesito hacer algo y ya que mi hermano va a ser el subdirector ¿qué mejor lugar para empezar? Así él podrá enseñarme, o mandarme donde él quiera y vigilarme, pero por favor, no quiero seguir quedándome en casa cada día...- Julia espera que el pequeño piropo que le ha echado a su hermano surta el efecto que busca.

Y así es, Bruno deja a un lado su enfado y habla como subdirector, algo que, queda demostrado, le encanta:

-Seguro que hay algo que pueda hacer, yo me encargaría de ella, papá, para que estés tranquilo- le dice a su padre con tono condescendiente.

Alfonso duda unos segundos pero, ante la insistencia de todos, no tiene más remedio que asentir aunque su rostro demuestra lo poco que le gusta esta decisión.

-Pues está hecho pequeña, que tu hermano te enseñe mañana el centro, él lo conoce bien ¿cuánto tiempo llevas ya allí?

-Cuatro años- responde orgulloso Bruno.

-Muy bien, pues ahora como subdirector, tú deberás asignarle una tarea a tu hermana.

Bruno asiente y Julia les da las gracias emocionada asegurándoles que no les va a defraudar.

Julia no puede dormir, pero esta vez no es culpa de la tormenta. Está muy nerviosa por empezar mañana con su hermano. Las mismas palabras resuenan una y otra vez en su cabeza: “Escuela de Reeducación Social”. Julia no sabe dónde se está metiendo. Ha oído hablar de ellas, como todos, son lugares en los que los jóvenes que han ido en contra de la ley por sus ideas, es decir, sin llegar a cometer delitos, son recluidos y reeducados para convertirse en miembros provechosos de la sociedad, en adeptos a “El Orden”. Este movimiento fue creado tras Las Revueltas, y es la unión del gobierno, la policía y todas las instituciones que se vieron atacadas en el levantamiento ciudadano. Para protegerse, lo controlan todo, información, trabajo, medios de comunicación. Ya nadie viaja sin pedir permiso, ni piensa nada que no esté aprobado. Y, los que lo hacen, terminan allí, en la Escuela de Reeducación Social, al menos en un primer momento. Esta es la versión oficial, la que le han contado a Julia, pero ella apenas recuerda nada, ni de Las Revueltas, ni del mundo anterior, ni de su madre, Rosa Muset, que es quien verdaderamente le interesa.

Se levanta y esboza una sonrisa pensando en las dos últimas noches y sus paseos. Al final va a tener razón su padre y está más tiempo durmiendo de día que de noche. Pero esta vez quiere hablar con Bruno, tiene muchas cosas que preguntarle. Julia da unos golpecitos a la puerta de la habitación de su hermano y pregunta si puede pasar. Desde dentro se escucha a Bruno decir que adelante. Julia entra y cierra la puerta:

-¿Te molesto?

-Tú siempre molestas un poco-le contesta su hermano, pero por su sonrisa sabe que, esta vez, es una broma.

Julia entra sigilosa y se sienta mientras su hermano coloca la ropa en la cama para el día siguiente, un uniforme azul marino sin una sola arruga.

-¿Te importa que vaya a trabajar contigo?

Bruno se queda pensativo pero no pierde la concentración puesta en doblar su camisa azul.

-Bueno, supongo que al principio un poco, pero tienes razón, no sé por qué papá quiere protegerte tanto, en mi opinión la causa de que estés así, todo el día tirada en casa y sin saber qué hacer es en parte porque nunca te han dejado hacer nada.

-Aquí siento que me ahogo, Bruno.

-Encontraré algo para ti, te gustará, tú tranquila, soy tu hermano mayor y mucho más listo que tú- le dice guiñando un ojo con complicidad.

Julia se ríe y le da un golpe con el cojín que tiene más a mano haciéndole reír a él también. Después se quedan en silencio unos segundos hasta que Julia se atreve a preguntar:

-¿Sabes que en ese conservatorio es donde estudió mamá, donde dio su último concierto?

Bruno se queda quieto, muy serio, no dirige la mirada ni un segundo hacia Julia y sin embargo le contesta:

-No me había dado cuenta.

Julia sabe que miente y no entiende por qué, lo mismo que nunca ha entendido el motivo por el que Bruno apenas habla a su madre. Siempre ha creído que era porque para él resultaba demasiado doloroso verla así... pero no está segura de que esa sea la verdadera razón.

-Venga hermanita, a la cama, que al final mañana voy a tener que sacarte con grúa- dice mientras le va empujando por la habitación hasta la puerta.

-Una última cosa.

- ¿Qué?- dice Bruno resoplando- Y luego me preguntas si eres pesada...

-¿Qué es exactamente el centro ese?

-Ya te enterarás mañana- y le da un empujón dejándola fuera mientras cierra la puerta de golpe.